

El Baluarte

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 112

Sevilla—Sábado 17 de Mayo de 1902

AÑO XXVI

Purpurados y obispos

Nada menos que treinta y dos señores de traje largo, que son la honra y prez del episcopado español, van a tomar parte en la ceremonia de acción de gracias con que en forma de *Te Deum* va a solemnizar la Iglesia la posesión del trono del monarca, que sale de la minoría para entrar en la plenitud de sus funciones constitucionales.

No llamamos festejos a esta ceremonia para que no se nos tache de irrespetuosos, por más que como festejo aparece en el programa de las fiestas que ha publicado el Alcalde de Madrid.

Treinta obispos y dos cardenales para dar esplendor al trono, asociados a los magnates ricos homes, duques, condes y marqueses, que, vestidos de multitud de colores, galoneados de plata y oro, lucirán los tradicionales pergaminos de sus progenitores.

La corte numerosísima de damas; la representación de las potencias extranjeras; lo más florido del ejército, la severa magistratura envuelta en sus togas negras, ministros, dignatarios, burocratas de todas categorías, constituirán un abigarrado concurso en el que el lujo espléndido, asociado al disimulo del ritual de estas grandes ceremonias que recuerdan todavía un pasado bárbaro medioeval con que se deslumbra pero entre los pliegues de los uniformes y entre los volantes de la aristocráticas damas, se ve asomar la miseria del espíritu y la regresión a tiempos pasados, en que todo concepto moral radicaba en las bendiciones de la Iglesia y en las absoluciones e indulgencias papales.

Treinta obispos y dos cardenales es mucho lujo para escalar el cielo, que solo por las grandes obras, por la práctica de la virtud y por la moral, se conquista con el concepto evangélico de la pobreza, y practicando la justicia y la virtud como esencial condición para disfrutar la felicidad eterna con que nos brindan los que sin duda en tan poco la estiman, cuando practican el sibirismo opulento y disfrutan de todos los regalos y de todos los encantos que ofrece la vida en este pícaro mundo que anatematizan.

Dos purpurados y treinta obispos es mucho lujo celestial para un pueblo reducido que se muere de hambre, y que todas las amarguras del trabajo y de las necesidades de los suyos, ni aun le dan tiempo para ocuparse de las cosas del cielo, porque todas las horas del día son pocas para resolver el problema del pan, el de la habitación, el del vestido y el de la instrucción de sus hijos.

Será espléndido el *Te Deum*, embriagador el conjunto de la belleza de las damas; con sus riquísimos prendidos y atractivas formas, con las seducciones de una música cuasi divina, el embriagador aroma de sus múltiples esencias, confundido con el incienso de las preces rituales de una religión pagana, seducirá, embriagará, transportará al Edén de todos los amores y a la granja o al paraíso de todos los gozes, pero ese marco admirable en que el arte y el aparato han cargado todos los oropeles tiene el cuadro fuera de la calle, en la ciudad, en el campo, cuadro de tintas tristes, negras, lúgubres, que representan el hambre, la miseria, el desconsuelo de las multitudes que se mueren de hambre y que pelean de frío y de miseria en el arroyo; y allá un poco más en el fondo se observan las cárceles y el tormento del santo oficio como fantasma que amenaza hundirnos en los abismos de la servidumbre y de la degradación moral.

A. A.

Jura de los reyes

Por el *Heraldo de Madrid* hemos venido en conocimiento de que ha llegado a la Corte para asistir a los festejos reales que se celebran con motivo de la jura del nuevo monarca, el archiduque Eugenio, hermano de la Reina Regente, el conde Thun-Hohenstein, el príncipe Tuersberg, el príncipe Palfi, un funcionario de la *Tesorería imperial* y un *ujier de la Caja imperial*,

los cuales vienen en representación de la familia de la abuela materna del nuevo monarca.

Cuando todas las Cortes y gobiernos han elegido sus representantes para la jura de don Alfonso XIII entre los dignatarios y personajes más conspicuos por sus pergaminos, sus elevadas jerarquías en las ciencias y en las armas, Austria manda entre otros personajes, a dos empleados de Hacienda.

Esto trae a nuestra memoria la ley promulgada por el rey de España, Recesvinto, que dejó en la historia de su dinastía notas tan hermosas como el precepto aludido, regulador de la herencia de los bienes de la Corona.

En dicha ley se contienen disposiciones del tenor siguiente:

«Mandamos: Que después de la muerte del soberano, queden a favor del Reino, no sólo los estados y dominios de la corona, sino también todo lo que el rey hubiese acaudalado, pues HABIENDO EL REINO CON SU GLORIA HONRADO AL PRINCIPE, no es razón que este menoscalle la gloria del mismo Reino.

Tengan presente mis sucesores que les obliga estrechamente su dignidad a gobernar con solitud, a obrar con moderación, a juzgar con justicia, a perdonar con facilidad, a exigir con parsimonia y a observar con fidelidad.

Como algunos de los que nos han precedido en el trono, dejándose arrastrar de la codicia, han aumentado la renta de su familia con el llanto público. Nos hemos determinado a seguir los impulsos de la divina inspiración, disponiendo leyes que reponen a los príncipes como ya se dispuso para los súbditos, y así mandamos en nombre de Dios a nosotros mismos, y a todos nuestros sucesores que todo lo que ahora ordenamos se observe en adelante con la mayor veneración y respeto.»

Esta ley lleva la fecha del año 648, y si de aquí pasamos al reinado de Enrique III, nos hallamos con un niño, llamado el *Doliente*, realizando actos tan enérgicos y nobles como pedirles cuenta de la administración de las rentas públicas a los ministros de la corona, a los arzobispos y obispos y a los concejales de aquella época, incluso a los de Sevilla, que manejaban los intereses del pueblo, sin olvidar que joven y doliente, ensanchó los dominios españoles con la conquista de las islas Canarias.

Estos recuerdos históricos hacen más sensible la pérdida de nuestras ricas posesiones de América y Asia y más irritante el derroche oficial de los caudales públicos.

Y como síntoma grave de la degeneración que lamentamos, la historia nos ofrece este ejemplo:

«En tiempos de Isabel II se enriqueció con magníficos ejemplares de numismática y arqueología el museo del Palacio Real de Madrid; y hace poco que fué robado dicho museo, desapareciendo monedas, medallas, escudos, volúmenes riquísimos de un valor inapreciable.»

Posible es que estas notas históricas no sean conocidas por los que debieran tenerlas siempre en la memoria en bien de los intereses que la Providencia ó la fortuna les entregara.

TRANSWAAL

EL CORSO EN PUERTA

Como lo prometí a los lectores de EL BALUARTE, hoy que las crueldades de Inglaterra, unidas a sus desmedidas ambiciones, son causa de que se trate de hacer revivir el corso, y que se espera sólo la autorización del presidente Krüger para ver surgir de todos los mares diez mil barcos tripulados por hombres enérgicos, marinos esforzados que desde larga fecha esperan sus patentes de corso para probar al mundo entero que las fantasmorías de los ingleses no tienen más valor en la mar que en el *Weldt* Sur Africa, en que 15,000 héroes tienen en jaque a 250,000 hombres, renovados sin cesar desde hace tres años.

Para que no se me pueda tildar de iluso, voy a sacar a relucir algunas páginas de la historia marítima del Corso, y expondré a la admiración a los Dewet, Delarey y Botha de aquella época memorable, y de la cual no se acuerdan los ma-

rinós ingleses sin ruborizarse, a pesar del espesor extraordinario de su cutis.

Ya en el tiempo de Luis 14, Inglaterra se consideraba invulnerable por la mar, y do quiera el agua estaba salada, era indicio seguro de que era también inglesa.

El dominio de los mares ha sido en todo tiempo la suprema ambición del Reino Unido, y todos los mares, surcados por los grandes y poderosos buques de su numerosa marina parecían otros tantos lagos británicos.

Entonces fué cuando surgieron de los minúsculos pueblos ribereños de la Bretaña y de la Normandía verdaderas nubes de flotillas en forma de impetuosas escuadrillas, que se lanzaron denodadamente al abordaje de los gigantescos buques británicos, cargados de pesada artillería y muy lentos en sus evoluciones, pero siempre con una dotación armada diez veces superior a la de los corsarios, que tripulaban ligeras fragatas armadas de 30 cañones a lo sumo.

¿Cómo se llamaban esos Dewet, Botha, Steijn y Delarey de aquella época?

Se llamaban Jean Bart, Surcouff y Duqnan Trouin.

El primero, verdadero lobo marino, era de Dunquerque, tenía la sangre fría, la tenacidad del hombre del Norte, con la ciega bravura brutal y la audacia imperturbable del meridional. En 1693, con un solo barco, *Le Glorieux*, dispersa seis buques superiores al suyo, y echa cinco a pique. El año siguiente ejecuta su famoso golpe del convoy de trigo. El hambre se sentía en toda la Francia; un enorme convoy de trigo había caído en manos del enemigo y era menester reconquistarlo.

A pesar de la enorme superioridad del adversario Jean Bart no titubea, reconquista el convoy y echa a pique ó captura los buques del enemigo.

Duguay-Trouin es más ingenioso que Jean Bart, es un táctico de primera fuerza; en su carrera de corsario encuentra el medio de capturar a los ingleses trescientas barcas.

Forbin es otro terror de la marina inglesa; es Provenzal, la sauge española ha fusionado en sus venas con la francesa; le gusta deslumbrar al enemigo; es temerario hasta la locura y sus proezas, de siempre brillante éxito, asombran y aterran al inglés, al par que le causa honda admiración. Entre los tres incomparables corsarios capturaron a los ingleses más de cuatro mil barcos y les hicieron perder más de setecientos millones de francos.

En la época del Directorio republicano los servicios que prestaron en la obra de la defensa nacional son, asimismo, incalculables.

Hoy el corso está abolido. Pero lo que no puede abolirse es la gloriosa herencia de recuerdos que ha legado al país que vieron nacer a esos guerrilleros de los mares.

El último en el orden cronológico, y quizá el más sorprendente de todos los corsarios, el que personificó el corso, se llamó Roberto Surcouff.

El hombre que vió la luz en Saint Malo, en el invierno de 1773, fué durante años el terror de la marina inglesa, y hoy todavía su memoria se cita como ejemplo en toda la Bretaña y las madres y las mujeres de marineros, en Inglaterra, se sirven de ese nombre imperecedero para acallar a sus hijos.

La familia de Surcouff era originaria de la dolorosa y sombría Irlanda, en la que el odio hacia los ingleses, exasperado por largos años de opresión, es todavía, más que en Bretaña, un patrimonio de raza.

A los trece años de edad, y tras de largos esfuerzos en contra por parte de su familia, se embarcó Surcouff en un barco que hacía el cabotaje en las costas de España.

La madre del fogoso niño quería que su hijo fuera cura, pero la tenaz resistencia del futuro héroe, que aseguró a su familia que, si no le dejaban irse encima del mar, se arrojaría dentro, lo decidió todo.

Dos años después, el 3 de Marzo de 1789, sentó plaza a bordo del *Aurore*, un brick que hacía la travesía de las Indias.

Nuestro joven estaba en el colmo de la alegría.

Por fin iba a conocer esos misteriosos

océanos del Sur, de otro modo que por los relatos escuchados con gran atención.

Según él, hasta el nombre del barco que montaba, era un feliz augurio; *Aurore* presagiaba para él la aurora de su propia gloria, la salida radiante de su astro juvenil en el cielo todavía oscuro de su destino.

En ese primer viaje, el *Aurore* naufragó, arrojado a la costa por fuertes vientos, cuando salía de Mozambique.

Tras de esfuerzos inauditos, pudo ser botado de nuevo el barco, y durante tres años le sirvió de escuela marina al héroe, que, al presentarse ante su familia, vacilaron en reconocerle, tal había sido el cambio operado en el joven marino en cinco años de ausencia.

En 1792 confirió a Surcouff el mando del *Creole* con el que debía cubrirse de gloria.

A punto de levar ancla, una denuncia hecha contra Surcouff a la Convención, le hizo sospechoso y ésta envió a tres de sus delegados para apoderarse del joven capitán.

—Estoy a vuestras órdenes, ciudadanos—respondió Surcouff con la mayor cortesía—pero no antes de hacerme el honor de almorzar conmigo.

Eran las diez de la mañana, el aire vivo había abierto el apetito de los delegados, y el olorcillo delicioso que se exhalaba en contorno a la cocina, hicieron aceptar el convite.

Los manjares succulentos, se sucedían sin interrupción; los ricos vinos del Cabo corrieron a olas.

La hospitalidad del anfitrión igualaba su porte marcial.

Cuando llegó la hora del café y de los cigarrillos, Surcouff insinuó que se estaría mejor sobre cubierta.

Los comensales aceptaron con tanto más gusto, cuanto que hacía algún tiempo, y sin causa aparente, los movimientos del buque habían aumentado considerablemente.

A penas llegaron sobre el puente del barco, el estupor de los delegados no tuvo límites, y su exasperación fué extrema. La costa parecía huir del buque a muchas leguas de distancia...

Los delegados eran los prisioneros de Surcouff; los papeles se habían trocado.

La anécdota hizo popular a Surcouff y toda la gente ruda de la costa, vieron en el novel capitán, que les pareció como el hombre providencial, el vengador de las ofensas recibidas de la insolente Albion.

Esas esperanzas no fueron defraudadas como verá el lector.

ADOLFO VASSEUR CARRIER.

El mítin de mañana

Indiscutiblemente el mítin que mañana celebrarán en el teatro Eslava los diputados radicales de la minoría republicana, revestirá extraordinaria importancia.

Los Sres. Blasco Ibáñez, Rodrigo Soriano y Lerroux, quieran ó no los monárquicos y reaccionarios que con tan cruel saña los combaten, representan el elemento mas sano y de más valía de España. Sus brillantes campañas en el Congreso y en la prensa contra un régimen caído, le han granjeado las simpatías de todos los que aman el ideal democrático sin distinciones ni paliativos.

Si ellos son la juventud, la fuerza, la nueva vida del partido republicano español que, dejando antiguos moldes, avanza gallardamente en busca del triunfo por el camino del progreso.

No son tres personalidades oscuras; hace tiempo que sus nombres adquirieron notoriedad ganada con el talento.

Blasco Ibáñez es el artista de la palabra y de la pluma. A la cabeza de la juventud literaria de España, su reputación como escritor es europea. ¿Quién, que posea mediana cultura no conoce los brillantes cuadros nacidos de la pluma del ilustre autor de *La barraca*, *Entre naranjos* y tantas obras que han dado honra y prez? Y si en literatura es una de las primeras figuras de la España contemporánea, en política su obra no desmerece de la literaria.

Sus trabajos constantes por las ideas democráticas han hecho que Valencia sea un verda-

